EL HERALDO

N°24 OCTUBRE 2025

TORNEO LITERARIO 2025

2511093640656

Indice

Carta del Editor 3
Torneo vs Literatura 4
Torneo Literario 2025..... 7

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

Torneos literarios, retos o duelos que tienen cierta remembranza a los duelos de los caballeros medievales, donde se ponía en juego el honor, la hidalguía, entre otras virtudes, como así también las rivalidades manifiestas generaban el motivo donde un caballero retaba a otro.

Pero ya en pleno siglo XXI, el Club Literario El Reino Olvidado ha tomado aquella práctica medieval desde hace ya un par de años, para que los escritores y poetas se reten unos a otros en duelos literarios de narrativa y poesía, cuyo principal objetivo es fomentar la escritura.

Este 2025 no fue la excepción. Los escritores y poetas sacaron a relucir sus plumas, demostrando su idoneidad en estos tipos de retos, donde dejaron tiempo, creatividad y dedicación para conformar los cuentos y poesías que forman parte de este número de El Heraldo, demostrando que cualquiera de nosotros —y usted, lector— puede formar parte del mundo de la literatura si se anima a navegar mar adentro con su imaginación.

TORNEOS VS LITERATURA

Por Anniabel Martínez Gómez

Un torneo antiguamente se refería a una competición armada que se celebraba entre dos bandos de caballeros para conseguir un trofeo. Si analizamos este concepto, un torneo llevado al ámbito de la escritura sigue teniendo los mismos principios y los mismos objetivos: una competición armada de lápiz y papel entre dos escritores con el fin de llevarse el lauro de la competición. Sigue teniendo la misma dosis de adrenalina y de satisfacción. De la búsqueda del reconocimiento. Antes, los espectadores ansiosos de ver la batalla y la sangre correr. Ahora, los lectores deseosos de ver a la imaginación desbordarse en letras. Los caballeros y nobles se reunían para competir a caballo con lanzas y otras armas, buscando fama, honor y premios. Los torneos se celebraron en Inglaterra desde mediados del siglo XII hasta la década de 1620, evolucionando de unas mortíferas luchas campales a extravagantes espectáculos cortesanos. Originarios del norte de Francia, los primeros torneos se asemejaban más a batallas.

En la literatura se suele obtener como resultado una clasificación de ganadores y otorgar algún tipo de reconocimiento, para los mejores, tal como un trofeo, premio económico o título, en función del cumplimiento de un objetivo. Existen juegos que se practican de manera individual, por parejas (o dobles) y en equipo. En cada modalidad, la forma de enfrentamiento es distinta.

El escritor necesita, en virtud de dar a conocer su arte, de los lauros y el reconocimiento. Además de servir de entrenamiento e incentivo para la creación. Se puede plasmar en un papel lo que nuestra mente cavila, los más profundos sentimientos, pero si no pensamos en los lectores, no se es escritor, se es solo una persona que escribe. Es por eso que el reconocimiento del lector, quiera o no el autor, es fundamental en la obra del creador.

Para una aficionada como yo, la participación en los torneos han sido una parte fundamental en su desarrollo y crecimiento. Como leí en alguna parte: crecer no es llegar más lejos, es estar más cerca. Es por eso que, aunque el competidor busque el premio y se esfuerce para lograrlo, al final, lo haga o no, no va ha ser la parte fundamental del proceso. Como escribió el cronista del siglo XIX Roger de Howden Minster "… un joven debe haber visto correr su sangre, sentir sus dientes crujir bajo los golpes de su adversario y ser arrojado al suelo veinte veces…sólo entonces podrá enfrentar la verdadera guerra". Es por eso que cada competición es una oportunidad.

Los torneos del Reino Olvidado, es una de esas competiciones entre nobles amigos, donde la sangre corre en blanco y negro.

TORNEO LITERARIO 2025

EL RETORNO A LA VÍA LÁCTEA

Autor: Arturo Molina Martínez

La alegría dejó la vieja nave al salir del sistema solar.
No eran más que un grupo de seres sin hogar,
que huían tras ser expulsados de Narcar.

El vehículo espacial, tras un ligero quejido de los viejos motores,
pasó a velocidad hiperlumínica, para alivio de los tripulantes.
Su incierto destino se hallaba en una de las espirales
del que escaparon sus ancestros eones antes.

Se trataban de los últimos vestigios de la raza humana,
repudiada por el resto de las especies al considerarla malsana.
Su única esperanza ahora era que los efectos de la última confrontación
hubieran desaparecido y establecerse en esa ubicación

BATALLA POR TU AMOR

Autor: Ariel Sosa Mansilla

He de morir de pie en esta batalla por tu amor, pues pongo en juego mi corazón,
pues soy quien te conoce hasta el más mínimo detalle de querer ser parte de tu vida.

Aunque tu voz dice no, tu mirada me dice todo lo contrario,
he de convencerte con mis besos en tus labios para que de una vez por todas
me digas: ¡te amo!.

EN SILENCIO TE AMO

Autora: Anniabel Martínez Gómez

Si supieras cuánto te pienso,
juntos los dos bajo un páramo,
juntos los besos, los besos
que nunca nos damos.

Si supieras las veces que juntas
las manos recorren ciudades,
las que no pronunciamos.

Si supieras mi nombre,
no el que todos conocen,
el que está en los papeles;
si supieras cómo me llamo.

Si supieras que mis noches
no son del color que imaginas,
ni mi cuerpo, ni mis años,
ni las verdades que aclamo.

Si supieras que mis manos son tuyas,
me muero en segundos, en cada respiro,
tu aliento reclamo.

Si supieras, alma viajera,
sin puerto ni dueño,
mi cuerpo se expande;
si supieras, amor, cuánto te amo.

UNA BOLA NEGRA DE PELO PARADOS LLAMADA MARGARET D´ELIAS

Autora: Lisbeth Jones Acosta

Margaret D'Elías era una mujer de unos 25 años. Si bien nació en Perú, estando muy niña sus padres fueron enviados como embajadores a Atenas, capital de Grecia, ciudad por herencia ancestral, lo que, sumado a sus orígenes, fue más que evidente: llevaba el misterio en sus venas.

Terminaba la universidad en una carrera que, a juicio de muchos, no se parecía a ella. Se matriculó summa cum laude en Física Cuántica Transformadora de Seres, desarrollando como tesis de grado un trabajo llamado:

"La presencia del hombre convertido en un átomo transformador con sentido, presencia y mando en el planeta Saturno".

¡Vaya! Fue un trabajo arduo y difícil de estudiar, realizar, comprobar y explicar en un mundo primeramente de hombres y, segundo, no menos importante, difícil de creer. ¿Cómo podría hacerles entender que sí se podía convertir en cualquier forma no humana, que algunos ciertamente lo hacían y que, además, como fresa del pastel, se posicionaban en mundos paralelos de una misma vez?

Quienes estaban a su alrededor, incluyendo a sus padres, se preguntaban cada día desde los cuatro años qué le pasaba a esa niña. Incluso ahora, de mujer, siguieron sin entenderla.

La Margaret niña tenía la facultad de desaparecer, transformarse o perderse como un hada, como ella explicaba a sus padres. Cuando la increpaban, les decía:

—Papá, ¿tú has volado alguna vez? Es decir, ¿no nos has visto a mami y a mí desde arriba del techo?

Esa pregunta comenzó a hacerse más y más frecuente a partir de los seis años y, como cada vez, la respuesta fue la misma:

—¡Margaret, solo he volado en aviones, y ellos vuelan tan altos que no puedo ver nuestra casa! ¿Qué pasa, hija?

Se llevaba las manos a la cabeza pensando en que su hija podría tener, o estaba teniendo, episodios disociativos.

Así fue pasando el tiempo. Entre vuelos y desapariciones, al principio por minutos, progresivamente por horas y, en un punto que no pudieron dilucidar, por días. Al psicólogo y luego al psiquiatra la llevaron; a pruebas varias la sometieron, porque lo que sería una

pregunta interna familiar ascendió al colegio y la preparatoria. La vida de todos se volvió un caos.

No fue sino hasta que un profesor de Física del cuarto año detectó en esa chica un halo especial y poco usual, que solo hombres como él, de más de cincuenta años y con similares experiencias, entendían. Después de una espectacular exposición de los cuerpos paralelos en planos iguales de dimensiones diferentes, la llamó a su departamento.

Él, como otros colegas físicos, tenía los ojos prestos en encontrar y esperanzas de que esa población diminuta, especial y poco o nada conocida se mantuviera viva y en progreso. Sus propias experiencias, donde el solo insinuar que se hablaba o se trasladaban a otros planos era señal de prácticas satánicas, por menos decir, les hicieron sufrir en demasía. Fueron, en sus años, rechazados por sus padres, sus iglesias, sus supuestos amigos.

La llegada del internet hace unos 35 años les dio respuestas a sus experiencias; los llevó a reunirse con personas que tenían sacudidas similares. Justamente en ese entorno, y entendiendo las teorías de físicos antes de Cristo, crearon una especie de logia a la cual, para poder ingresar —o ser llamado, como realmente ocurría—, debían ser sometidos a una serie de pruebas, seguimientos y observaciones que llevaban para sí y que explicaban posteriormente. Si todos los resultados les probaban que era un elegido, los reclutaban.

Ese proceso no era seguido ni tampoco frecuente, por lo que el profesor, cuando la descubrió, sintió que podría irse al mundo que deseaba en paz, porque ella era la generación que seguiría su trabajo. Pensaba para sí mismo: Podré vivir como alga feliz en Mykonía… Qué grato pensamiento.

Cada transformación era diferente. Eso fue lo más importante y mágico que Margaret descubrió. Ella no se sentía en los momentos que desaparecía y llegaba a otro lugar igual o diferente. Extraña sensación y percepción de sí misma cuando se desdoblaba, se transformaba en un hada, o eso pensaba. Siendo niña y habiendo leído La Cenicienta y otros cuentos infantiles, su lógica infantil le decía que era un hada diminuta, posiblemente como Campanita. Pero no; a medida que fue creciendo, su transformación también lo hacía. En una oportunidad, al verse reflejada en un lago invertido, se vio como una pequeña bola negra con ojos inmensos, boca chica y muchos pelos lisos parados como alfileres. Pero, a pesar de que no tenía brazos ni piernas, podía desplazarse sin problema alguno; esa es de las transformaciones que más le gustaba.

Atenas, como ciudad milenaria, terminó de responder a Margaret todas y cada una de sus interrogantes. Le hizo comprender y transmitir, a través de su trabajo, que vivimos en mundos paralelos, dimensiones desconocidas, conversiones en átomos que podrían transformarse en cualquier forma: pequeña, grande, sin lógica, pero llena de conocimiento y aprendizaje.

Por eso se convirtió miles de veces ante multitudes de personas en esa bola negra de ojos grandes y pelos parados que flotaba y podía ver desde arriba, abriendo los ojos a quienes la observaban: aquellos que la acusaron de loca y, para los otros, los que fueron demonizados por el solo hecho de tener abierta esa brecha en su ser que les permitía transformar, mutar, viajar, desaparecer.

Atenas era ese mundo mágico. El que ella y unos pocos conocían.

LOS FRAGMENTOS DE LYON

Autora: Jade Nocturno

El cielo de Lyon era verde olivo, con luces púrpuras atravesadas por relámpagos dorados que nunca caían. Bajo esa bóveda infinita, las ciudades flotaban en gigantescos cristales, y los pueblos de la superficie vivían rodeados de criaturas capaces de hablar con el viento y moldear la tierra como arcilla.

En este mundo, la magia y la tecnología se complementaban como dos mitades inseparables. Los ingenieros de Erythea construían autómatas que funcionaban gracias a núcleos arcanos; los magos de Lunaris dibujaban conjuros en el aire que podían proyectarse como hologramas en pantallas vivientes y ambulantes.

Pero no todo era armonía. Desde hacía siglos, los cristales de Lyon que contenían la energía primordial del mundo habían sido custodiados por la Orden de los Veladores. Cada fragmento otorgaba un poder distinto: controlar el tiempo, invocar tormentas, curar todo tipo de heridas, incluso resucitar a los muertos. Sin embargo, el Fragmento del Umbral, capaz de abrir portales a otras realidades, había desaparecido desde la creación del planeta Espejismo.

Nora, una joven de ojos plateadorados y cabello oscuro y brillante, vivía en la ciudad suspendida de Calveth. Su don era el más extraño: ella podía escuchar el murmullo de los fragmentos, aunque jamás los hubiera visto. Los demás la llamaban Eco, porque en su voz se repetían sonidos de lugares distantes, como si su garganta estuviera conectada con miles de mundos.

Un día, mientras caminaba por el mercado de Calveth, sintió una vibración extraña en su pecho. El dolor se intensificaba; al inicio pensaba que su vida estaba llegando a su fin, pero no: era el Fragmento del Umbral el que la estaba llamando.

—No es posible… —murmuró—. Está… cerca.

De pronto, las torres de vigilancia sonaron alarmas ensordecedoras, como si el peligro llegara a reducir todo a cenizas. En el horizonte, un enjambre de naves metálicas avanzaba como una tormenta oscura. Eran los Exiliados, una facción de tecnomantes que habían jurado destruir la Orden y querían usar los fragmentos para rehacer Lyon a su manera.

Sus líderes poseían poderes descomunales: uno dominaba la gravedad, otro podía fundirse con las máquinas, y la más temida de todos, la generala Kagel, era capaz de convertir su cuerpo en energía pura.

—¡Buscan el fragmento! —gritó Nora.

La batalla por Calveth fue devastadora. Los cielos se llenaron de descargas mágicas y cañones de plasma, mientras dragones mecánicos chocaban con bestias invocadas desde los círculos arcanos. Entre el caos, Nora fue arrastrada por una explosión que abrió un boquete en el suelo de cristal. Cayó varios metros de profundidad.

Allí, en medio de las ruinas, lo encontró: un cristal negro, de aspecto pequeño y palpitante, que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla. El Fragmento del Umbral.

Apenas lo rozó, la mente de Nora se desgarró en visiones. Vio miles de mundos superpuestos: desiertos de fuego, océanos infinitos, ciudades habitadas por seres hechos de sombra. Había una puerta colosal de obsidiana que latía como un corazón. Entonces escuchó una voz profunda y serena:

—Soy el Umbral. Ábreme y todos los mundos serán uno. Ciérrame y todo seguirá en equilibrio. Decide.

Nora tembló. Sabía que ningún humano debía tener tal poder, pero también comprendió que, si el fragmento caía en manos de los Exiliados, Lyon sería condenado.

De pronto, Kagel apareció, envuelta en un resplandor eléctrico.

—Así que tú eres la que escucha a los fragmentos. Entrégamelo, niña. Lyon necesita renacer, y yo seré su diosa.

Nora apretó el cristal contra su pecho.

—No puedes controlarlo. Abrirá portales que ni tú comprenderías.

Kagel rió, y la electricidad estalló a su alrededor como cientos de soles en miniatura.

—¿Y acaso entiendes tú lo que sostienes? ¡Es la llave hacia la eternidad!

En ese instante, Nora recordó algo: su madre le había dicho que su don era más que un eco vacío. Ella no solo escuchaba los fragmentos; podía comunicarse con ellos. Había nacido para protegerlos.

Cerró los ojos y habló al Umbral:

—Si debo elegir, te pido que me muestres cómo proteger Lyon.

El cristal vibró, y una ola de energía oscura recorrió su cuerpo. Cuando abrió los ojos, descubrió que sus manos estaban envueltas en runas negras que brillaban como circuitos vivos. Podía sentir las puertas entre los mundos, listas para abrirse con un solo gesto.

Kagel lanzó un rayo eléctrico, pero Nora levantó la mano y abrió un portal. El rayo atravesó la grieta y apareció en otro lugar del vasto cielo, estrellándose contra una de las naves enemigas.

—¿Qué…? —Kagel retrocedió, furiosa.

Nora sonrió con temor y determinación.

—Ahora comprendo. No se trata de usar el fragmento, sino de guiarlo.

La lucha entre ambas fue como el choque de dos tormentas. Kagel, convertida en relámpago, atacaba con velocidad imposible, mientras Nora abría portales que deformaban el espacio, desviando sus golpes o enviándolos a mundos lejanos. La ciudad entera se estremecía con cada colisión.

Pero Nora comprendió que no bastaba con resistir. Si quería salvar Lyon, debía sellar el Umbral para siempre, aunque eso significara perder su conexión con los fragmentos.

En un último esfuerzo, abrió un portal gigante que se elevó como un arco de sombra sobre Calveth. Kagel, cegada por su ambición, se lanzó contra ella con toda su energía, sin pensar que podría volverse mortal.

—¡El poder será mío!

Nora colocó el fragmento en el centro del portal y pronunció las palabras que había escuchado en sus visiones:

—Elyarion.

El arco se cerró de golpe, succionando a Kagel y al fragmento en un torbellino de luz negra. Los cielos se partieron, los relámpagos dorados desaparecieron por un instante y luego solo quedó el silencio.

Cuando Nora despertó, estaba en las ruinas de Calveth. Los Exiliados habían huido, derrotados al perder a su líder. Los Veladores la encontraron y la rodearon con respeto.

—El Fragmento del Umbral ha desaparecido —dijo el Gran Maestro—. ¿Qué hiciste, niña?

Nora bajó la mirada.

—Lo envié al lugar de donde vino. Ya no está en Lyon… pero yo tampoco soy la misma.

Levantó la mano, y una pequeña chispa de sombra apareció en su palma. No era peligrosa, pero tampoco natural. Un eco del Umbral seguía latiendo en ella.

El Maestro la observó con solemnidad.

—Quizás seas el puente que este mundo necesita. Ni solo magia, ni solo tecnología… sino el equilibrio.

Nora, exhausta, sonrió.

—Entonces seguiré escuchando. Los fragmentos aún susurran, y yo… yo soy su eco, su llave, su puente, su guía y protectora.

Mientras la ciudad comenzaba a reconstruirse, el cielo púrpura volvió a encenderse con relámpagos dorados. Pero entre ellos, por primera vez, apareció un destello negro, como un recordatorio de que el Umbral no estaba destruido, sino esperando a que su maestra vuelva a despertarlo.

LAS ÚLTIMAS HORAS DE VUELO

Yari Morales

Nunca los encontraron. Desde que desaparecieron del radar fue como si el mar se los hubiera

tragado. Ni José, ni el instructor, ni el fuselaje aparecieron jamás. Solo quedó el azul infinito y la incertidumbre y el dolor de una familia.

Cada vez que el cielo se pintaba de ese azul brillante de verano, la madre se detenía a mirar, preguntándose si algún día volvería a escuchar la risa de su hijo. Los rumores hablaban de un accidente, de un fallo en el motor… pero algo en su corazón le decía que había más, algo que nadie podía explicar.

—Vamos, que hoy tengo las horas de vuelo con el instructor americano —dijo José aquella mañana, sin saber que sería la última vez que la vería tan cerca.

—Es que no encuentro las llaves. Dame un break.

—Mami, si llego tarde no me honran las horas de vuelo.

—Vámonos, ya encontré todo.

Salieron de su casa con la emoción de terminar sus últimas horas de vuelo. Con tan solo diecinueve años ya se convertiría en piloto. Su familia siempre lo apoyaba en todo lo que quería hacer.

Era tremendo en la escuela. Le daban quejas a la madre por su comportamiento, pero era un estudiante sobresaliente en sus notas académicas. Siempre curioso, siempre audaz, siempre con el brillo de quien quiere comerse el mundo.

Ese día llegaron a tiempo para su último vuelo.

—Estamos esperando que llegue el instructor para hacer el papeleo antes de subir al avión— dijo José a su madre.

—Bien, esperamos —respondió.

—Mami, ¿tienes la aplicación por donde me vas a estar monitoreando durante el vuelo?

—Claro, eso siempre está en mi teléfono.

—Ok, here we go —dijo el instructor.

—Hi, ¿how are you Mr. Murphy?

—I'm fine, and you?

—I'm excited.

—Me too.

Ambos se montaron al avión. Era un avión nuevo, de muy pocas millas de vuelo. La madre le dio un beso en la frente y le dijo:

—Estoy muy orgullosa de todos tus logros.

—Gracias, mami. Te amo.

—Ok, let's go —dijo el instructor.

El avión despegó a eso de las 3:00 de la tarde. El día estaba hermoso, con un cielo azul claro como el verano más brillante. José se dispuso a colocarse el equipo de comunicación, respirando con entusiasmo. Al alzar vuelo rumbo a San Martín, la madre lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre las nubes. La emoción se mezclaba con un pequeño temor que intentó ignorar.

Pero luego de un rato, notó algo extraño. El avión desapareció del radar. No aparecía en la aplicación.

—¿Qué está pasando? ¿No hay internet? No veo el avión —murmuró, con un nudo en la garganta. Su corazón comenzó a latir con fuerza, la respiración se le hizo rápida y temblorosa. Marcó el celular de su hijo. Una vez, dos, diez veces. Ninguna respuesta.

—José, contéstame, por favor… —susurró, sintiendo cómo el miedo le helaba los huesos y se le erizaba la piel.

Llamó a la torre de control:

—Señora, también lo perdimos en el radar. Estamos revisando.

—¡Nooo! Díganme que están bien… por favor.

—Señora, no sabemos lo que pasó. No hay rastros —contestaron, con voz apagada, casi rutinaria.

El mundo se rompió en un instante. Gritó, lloró, escribió mensajes que nunca llegaron. Rogó a cualquiera que pudiera dar señales de su hijo. Cada sonido del aeropuerto, cada avión que pasaba, le hacía saltar el corazón.

—Se perdió comunicación cerca de San Martín. Manden a alguien. Envíen un vuelo —ordenó, desesperada.

En redes sociales pidió ayuda:

—Por favor, si ven un avión pequeño de la compañía Air Line, avise. Mi hijo estaba en ese vuelo. Por favor, estoy desesperada.

Horas pasaron, luego días. La isla no contaba con maquinaria capaz de localizar restos metálicos en el mar.

—¿Cómo es posible que, siendo una isla rodeada de mar, no exista ese equipo? —preguntó, incrédula.

—Teníamos uno, pero como todo lo que no se usó habitualmente, se dañó —le dijeron.

Ella y su familia decidieron organizar fondos pidiendo a través de redes sociales y en plataformas de recaudación sin fines de lucro, y en dos días se consiguió el dinero para la maquinaria necesaria. Sobrevolaron el área, recorrieron el mar en botes, pero solo encontraron un manto azul. El mar parecía tragarse toda esperanza. Ni un ala, ni una hélice, ni un fragmento del fuselaje. El viento le golpeaba la cara, y el olor a sal mezclado con aceite de motor de los barcos le recordaba que todo lo que buscaba se desvanecía en el horizonte. Ya nada sería como antes.

Un mes pasó. La madre estaba muerta en vida. Apenas comía, casi no hablaba. Cada ruido, cada sombra, cada pequeño movimiento del mar le hacía imaginar lo peor. Cada noche dormía con el teléfono en la mano, esperando un mensaje que nunca llegaba.

Viajó en bote al lugar donde perdieron la señal, buscando cualquier indicio… y nada. Era como si hubieran entrado a un portal del que nunca podrían escapar.

Pero algo le llamó la atención: la familia del instructor no parecía afectada. Seguían con su rutina, bebiendo, bromeando, tirando sus jets ski mientras su hijo estaba desaparecido. Esa indiferencia la partía aún más. ¡Qué diferentes son los gringos de los puertorriqueños!, pensaba.

Tres años han pasado desde la desaparición de José. Los noticieros hicieron series, vendieron historias, pero el misterio continuaba. ¿Qué pasó? ¿Por qué nunca encontraron partes del avión? Las autoridades cerraron el caso, concluyendo que el avión había caído por fallos en el motor, y que fue tan rápido y fuerte que no habría habido esperanza de sobrevivir.

La madre aceptó la noticia con desánimo, pero nunca aceptó la ausencia del cuerpo.

—Nadie conoce mi dolor. Nadie, ni tan siquiera una madre que pierde un hijo —le dijo a una reportera.

—¿Por qué cree que su dolor es diferente? —preguntó esta.

—Porque al menos tiene un lugar donde ir a llorarlo. Yo no. No sé dónde está. Dónde están sus

restos, dónde rezarle y ponerle una cruz.

La reportera, con lágrimas en los ojos, solo la abrazó.

—Lo único que me da fortaleza es saber que en sus diecinueve años pudo vivir cosas

inigualables. Viajó, montó a caballo de paso fino y cumplió sus últimas horas de vuelo — dijo, con un hilo de voz, mientras sus ojos miraban el horizonte, esperando un milagro que quizá nunca llegaría.

El mar seguía, inmenso e indiferente, y la madre comprendió que su dolor viviría para siempre, flotando como el azul infinito que se tragó a su hijo el día de sus últimas horas de vuelo.

LOS USURPADORES

Anniabel Martínez Gómez

Soy dichoso, siempre está vacío mi banco a la hora de tomar un descanso. Casi siempre entre las cinco y las seis de la tarde, cuando el sol comienza a ponerse en el contorno del horizonte, salgo a dar un paseo. Terminando en mi sitio favorito, un banco del parque próximo a una fuente. Sé que es una fuente porque puedo oír el agua caer en finos chorros y a los niños jugar en torno a ella. Es un lugar no muy concurrido, pero nada aburrido y mucho menos para mí, la falta de visión ha desarrollado el oído y puedo sentir hasta el más leve susurro. Así que no se imaginan la cantidad de cosas de las que me he enterado, si tuviera dotes para la escritura podría hacer novelas.

Pero hay algo que hubiese querido nunca tener que oír, tampoco me atrevo a contarlo por miedo a que piensen que estoy loco. Quizás les confiese a ustedes lo que me atormenta hace días y aunque no puedan hacer nada, ni yo tampoco, mi carga será mucho más ligera.

Era un día como cualquier otro en cuanto a las rutinas, porque nunca un día es igual al otro. Salí unos minutos antes de lo habitual debía pasar por la oficina de correos antes de que cerrara. El sol golpeó mi rostro como un martillo, pero, aunque casi imperceptible se podía sentir una pequeña brisa, no lo suficientemente fuerte como para que las gotas de sudor no corrieran desde mi frente hasta la barbilla. La calle más ruidosa que de costumbre, no me gustan los días ruidosos, quizás sea supersticiones mías, pero en los días ruidosos siento como si algo malo fuera a pasar. Trato de despejar esos pensamientos de mi cabeza, porque dicen que las malas energías atraen cosas malas, pero ustedes saben cómo son los pensamientos, se quedan enganchados y cuanto más los quieres apartar más se aferran.

Presumo que al llegar al parque todo será más tranquilo. La señora del correo con un trato hostil, quizás tampoco estaba siendo un día bueno para ella. Salí un poco agobiado esquivando los postes de la corriente que se atraviesan en el centro de las estrechas aceras. Aunque ya sé de memoria donde esta cada uno, a que distancia se encuentran uno del otro. Donde la acera se ha cuarteado y donde se ponen los vendedores. Pasaron dos carros ligeros, un motor MZ (inconfundible) y una guagua de pasaje (las guaguas de pasaje no solo suenan distinto también huelen diferente), finalmente atravesé la calle aprovechando que el próximo vehículo venía a unos diez metros de distancia y a poca velocidad.

Al llegar al parque y aproximarme a mi banco pude percibir que esta vez estaba ocupado.

No era un buen día definitivamente pensé en regresar, pero estaba cansado, así que de mala gana me senté en el banco de al lado con la esperanza de que los usurpadores abandonaran mi trono.

La brisa se hizo más perceptible y el fresco del sudor secándose me reconfortó un poco. Unos muchachos en patinetas, según mis cálculos alrededor de cinco, alborotaron el lugar por unos minutos. Pasaron dos señoras mayores hablando de un tal Oscar, al parecer hijo de una de ellas, la otra parecía sorprendida con el relato de la madre, con la típica frase de "no te puedo creer".

Pasaron un par de personas apuradas seguramente por llegar a tiempo a alguna parada de ómnibus; a esa hora muchas personas terminan sus jornadas laborales.

Los usurpadores seguían ahí, susurrando como quien está conspirando contra el reino. Reino en los que ellos no eran más que forasteros. Casi me levanto y me voy convencido de que lo mejorera llegar a mi casa, descansar y tomarme un café tranquilo junto a mis periquitos y mi gato Sebastián.

Fue entonces cuando uno de ellos le dijo al otro algo así como que le confesara de una vez si había sido él. Subió un poco el tono, molesto, exigiendo una respuesta. Alcancé a oír las siguientes frases "tú sabes que esa no fue la misión" luego una pausa "sabes que por eso te pueden expulsar, y detrás de ti voy yo seguramente, tú eres mi responsabilidad". La repentina tranquilidad del lugar junto al tono exaltado de aquel hombre según mis cálculos entre los treinta y cuarenta años de edad me dejaba oír perfectamente. Pero no había respuesta, hasta que ante la insistencia el otro respondió "si, discúlpame fui yo, y estoy avergonzado, pero no arrepentido" hizo una pausa y trató de explicar sus motivos, de algo que aún no me había sido develado. "Fui yo el causante de ese virus, en pocos días se habrá expandido por todo el mundoy la mitad de ellos van a morir, pero lo hice por un bien mayor y no me arrepiento lo único que lamento es haber burlado tu confianza", en ese momento sentí un escalofrió de pies a cabeza pensé que quizás era un artilugio de mi imaginación. "Sabes prefiero vivir desterrado en elinfierno a no haber hecho nada".

En ese momento me levanté un poco aturdido decidido a que definitivamente era mejor estar en mi casa. Han pasado varios días y ya casi olvidaba aquella rara conversación hasta que he oído las noticias en la mañana. Un extraña y contagiosa enfermedad está causando pánico en los países europeos.

UN ÚLTIMO VIDEO

Martina y José eran un par de jóvenes muy enamorados y amantes de las aventuras intensas. Solían adentrarse en casas abandonadas, lugares que se creían encantados o zonas con alguna trágica leyenda. allí grababan videos que subían a su canal de youtube, despreciando ambos el peligro al que muchas personas achacaban a dichas localizaciones.

En esta ocasión habían escogido "la charca de los novios" del rio Guadalmedina. así que prepararon todo y salieron en su coche desde Sevilla con su habitual material de rodaje.

Muchos suscriptores han pedido este video. ¡será un éxito! —comento martina emocionada.

¿no es por ser la excusa perfecta para ver a mi novia en bikini? —replicó José.

si eso atrae más subscripciones al canal... ¡estoy dispuesta a lucirme ante ellos! —contestó animada— ¿acaso tienes celos de nuestros seguidores? —añadió después. el chico optó por no responder ante lo absurdo de sus temores, era consciente de la estima en que lo tenía.

la travesía hasta Málaga se sucedió sin percances importantes y al llegar a su destino, se detuvieron en un pintoresco local de las afueras. allí dieron cuenta de una ligera comida y tras un pequeño descanso, pagaron y volvieron a su vehículo. ¿no te pareció un poco extraño ese restaurante? cielo. algunos clientes querían devorarnos con la vista —dijo José al ponerse al volante.

¿por ese motivo no parabas de insistir en que nos marcháramos? ¡yo me encontraba allí muy cómoda en ese ambiente que parecía sacado de otra época! —replico ella— tenemos que volver antes de regresar a Sevilla —solicitó su novia.

El chico suspiro ante lo inevitable y encendió el motor del vehículo. aparcaron lo más cerca posible de la charca y llegaron con la luz del atardecer al lugar, era la iluminación que precisaban en su filmación. montar el equipo era ya pura rutina y no les demoro mucho.

-Preparémonos para el chapuzón y sorprendamos a los seguidores con alguna sorpresa final —instó Martina eufórica.

Ambos se metieron en el agua y él se dejó guiar por el diálogo que iba proponiendo su bella novia en ese sugerente bikini dorado que mostraba sin pudor a la cámara. al empezar a refrescar, José la animo a darlo por terminado y se dispuso a salir. no le preocupo el primer grito de su novia, al creer que se debían a esa dramatización que comento de añadir. le inquieto los que le precedieron y al girarse, la vio luchando por salir a flote. sin pensarlo, se lanzó en su ayuda. ninguno de los dos fue capaz de decir ni que sucedió o explicar el porqué

se hallaban en un lugar que ahora parecía pintado y observaban como a través de un espejo a los comensales de aquel local que agrado a Martina. pero ellos sí que parecían haberlos visto y sonreían cuando miraban hacia allí con una perversa sonrisa en sus rostros.

Arturo Martínez Molina

EL PUENTE DE LOS RECUERDOS

La primera vez que Eduardo abrió los ojos en aquella madrugada, no reconoció el techo sobre su cabeza. Era de cristal, y tras él titilaban estrellas que no deberían estar ahí, él recordaba haberse dormido en su habitación como siempre, bajo un cielo cubierto de nubes. Se incorporó con torpeza y descubrió que se hallaba tendido en una especie de cama metálica, rodeado por máquinas que emitían un zumbido constante.

Su respiración se aceleró, pero no podía nombrar el motivo. Había algo en aquel lugar que lo

sobrecogía, un silencio denso que no pertenecía al mundo conocido. Frente a él, un corredor

iluminado se extendía interminablemente, como si lo invitara a caminar.

Avanzó con pasos lentos y torpes, tenía los pies descalzos resonaban contra el suelo. A medida que lo hacía, las paredes se transformaban: primero fueron placas metálicas, luego mosaicos de piedras antiguas, y después, un bosque cuyos árboles crecían directamente de la nada. Eduardo pestañeó, dudando de su propia cordura.

El aire cambió, impregnándose de un aroma a tierra húmeda y raíces secas. Alzó la mirada y consorpresa veía como aparecía un puente de madera entre la neblina. Crujía como si respirara.

Cada tablón parecía esperar sus pasos, y en el fondo se extendía un río imposible de cruzar: sus aguas eran espejos que reflejaban escenas aterradoras de su pasado. Vio el rostro de su madre, las carcajadas de sus amigos de infancia, la primera vez que se enamoró.

Eduardo de un salto retrocedió, pero el corredor detrás de él había desaparecido. Ya no quedaba elección.

Entonces se internó en lo más profundo del puente. El crujido de la madera se mezcló con

murmullos: voces antiguas, quizá suyas, quizá ajenas. Algunas le recordaban reproches, otras

secretos nunca confesados. Avanzaba con el pecho apretado, como si cada palabra invisible pesara sobre su espalda.

A mitad del puente apareció una figura desconocida. Era una mujer de cabellos oscuros, largos hasta la cintura, lo miraba con ojos que parecían contener constelaciones. Vestía una túnica translúcida, hecha de hilos de luz, y sonreía con una dulzura inquietante qué estremeció el corazón.

—Te estaba esperando.

Eduardo sintió un vértigo extraño en el cuerpo. No la conocía, y sin embargo, en lo profundo de sus recuerdos había un eco leve de su presencia, como un sueño casi olvidado.

—¿Quién eres?

La mujer alzó una mano, y al hacerlo, el río bajo el puente en segundos se agitó. Las aguas mansas comenzaron a proyectar imágenes distintas: guerras que no recordaba haber vivido, ciudades flotantes sobre mares de cristal, niños que corrían con piel luminosa. Era un desfile de mundos imposibles, pero vibraban con una fuerza tan real que Eduardo sintió que eran memorias de otra vida.

–Soy la guardiana de los recuerdos. Este puente existe en la frontera de lo que recuerdas y lo que niegas.

Eduardo dio un paso hacia atrás como si el peligro lo envolviera, pero la madera del puente gimió, como si fuera a romperse. El miedo lo atravesó de golpe, clavándose en su estómago hasta hacerlo temblar.

–Yo no pedí estar aquí

—Nadie lo pide —Llegas cuando la vida te empuja, cuando ya no puedes seguir ignorando quiéneres.

Las palabras lo golpearon. De pronto, las imágenes del río cambiaron una vez más. Vio su

habitación vacía, el cuerpo inmóvil en la cama, rodeado de médicos que intentaban reanimarlo. El corazón le dio un salto.

—¿Estoy… muerto?

La mujer no respondió de inmediato. Bajó la mirada, como si dudara en revelarle la verdad.

Finalmente, dijo:

—Estás suspendido. Ni vivo ni muerto. Aquí decides qué camino vas a tomar.

Eduardo tembló. El silencio del puente se volvió ensordecedor. Recordó, todo lo que había dejado inconcluso: promesas a su hermana, un amor que nunca confesó, un sueño de escribir un libro que siempre aplazó.

—No quiero quedarme.

La guardiana lo miró fijamente, y por primera vez, su expresión se tornó grave.

—Regresar no es gratis.

Eduardo entonces entendió: que debía sacrificar una parte de sí mismo para volver. Quizá un recuerdo, quizá un sentimiento, quizá un pensamiento. Algo que lo había marcado hasta ese instante.

—Elige.

Los espejos líquidos le mostraron tres opciones:

El rostro de su madre, abrazándolo en la infancia.

La mirada de aquella muchacha que nunca se atrevió a amar.

El sueño de escribir, las páginas en blanco esperando su voz.

Eduardo sintió que el alma se le partía. Cada opción era un pedazo irremplazable de lo que lo hacía ser quien era.

—No puedo —susurró.

Jade Nocturno

MI AMIGA

Me miro en el espejo d o, los ojos

enrojecidos y esa expresión de agotamiento que me delata más que cualquier palabra. Me tiemblan las manos. Sé que tendré que hablar con él, contarle lo que ha pasado, aunque la sola idea me oprime el pecho. No sé cómo reaccionará. Estoy segura de que se molestará conmigo, pero al mismo tiempo pienso: ¿qué vale más, su enojo o mi paz mental?

Si no hubiera tomado tanto… si hubiera sabido detenerme a tiempo. Todo me parece un terrible error, un accidente fabricado por mis propias decisiones torpes. No debí haber ido. No debí aceptar esa invitación, aunque mi amiga sonaba tan triste.

Recuerdo su voz por teléfono unos días antes:

—Quédate conmigo este fin de semana, por favor. No quiero estar sola. Desde lo del divorcio me siento tan triste, tan vacía.

Me conmovió. Era mi amiga de siempre, la que me acompañó en mis años de universidad, con quien compartí secretos, fiestas, borracheras, llantos. ¿Cómo decirle que no? Pensé que sería un fin de semana solo de amigas, de recordar viejos tiempos, de sanar un poco juntas.

Y, al principio, así fue. Reímos, cocinamos algo ligero, abrimos una botella de vino. Después otra y otra más… La música a todo volumen en el apartamento, y la nostalgia también. Yo me dejé llevar, trago tras trago, y poco a poco las imágenes se fueron haciendo borrosas. Lo siguiente que recuerdo con claridad es despertarme en casa de Luis, mi exnovio de la universidad. Mi amor de juventud, con el que soñé algún día llegar al altar.

Pero ¿cómo terminé allí? No lo entiendo. ¿Cómo apareció él en esa reunión de amigas? Sentí que había retrocedido veinte años en el tiempo. Él me miraba con esos ojos oscuros que tanto me atrajeron en mi juventud, me decía que nunca me había olvidado. Que ahora estaba divorciado y que quería recuperar lo nuestro y empezar de nuevo.

Yo apenas podía sostenerle la mirada. Dentro de mí solo había dudas y vergüenza. ¿Qué hago aquí? Lo escuchaba, pero mi mente repetía una sola frase: esto no puede ser posible.

Me levanté como pude, tambaleando, con un peso en el alma y en la conciencia. Salí de esa casa corriendo, casi sin pensar, solo con la urgencia de escapar. Él quiso detenerme; quería que me quedara.

Conduje a toda velocidad, las manos sudando sobre el volante. En un intento

desesperado por conseguir respuestas, marqué el número de mi amiga. No me contestó. Volví a llamar, y nada. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no contestó?

La angustia me golpeó con más fuerza que la resaca. Pensar en lo que pudo ocurrirle me asustó. Pero también me hirvió la sangre la idea de que me hubiera dejado sola, que me hubiera empujado, sin querer o queriendo, a cometer esa estupidez. Necesitaba hablar con ella. Saber qué había sucedido y por qué me dejó sola.

Finalmente llegué a mi casa. Apenas crucé la puerta, sentí algo extraño en el aire.

Mi esposo estaba allí. No me esperaba. Tenía una expresión rara, entre sorpresa y desconcierto. Por un momento pensé que ya lo sabía todo, que alguien le había contado, o que, de alguna forma, se había enterado de lo ocurrido con Luis.

—¿Por qué llegaste tan temprano? —me preguntó.

Respiré aliviada. No parecía saber nada. Le respondí con la voz más tranquila que pude:

—No me sentía cómoda y preferí regresar.

Él me miró algo raro y su rostro estaba pálido. ¿Por qué tanta sorpresa? No era la primera vez que regresaba antes de lo previsto de alguna actividad. Quise restarle importancia, pero entonces mis ojos se toparon con algo en el suelo de la sala. Un par de tacones. ¡Unos tacones que no eran míos!

Me agaché, los tomé entre mis manos y los levanté despacio. La sangre se me helaba en las venas. Lo miré directamente a los ojos. Él palideció aún más. Su cara se deformó.

Mi corazón comenzó a latir con furia. Lo empujé a un lado y fui directo al cuarto, con los zapatos en la mano. Él trató de detenerme, balbuceando excusas que no escuché. Yo ya sabía lo que iba a encontrar, pero tenía la esperanza de estar equivocada. Sentía que no podía respirar. El aire no me llegaba a los pulmones. Me dolía el alma, pero tenía que saber la verdad, aunque mi corazón se quebrara en mil pedazos.

Abrí la puerta de nuestra habitación. Allí estaba ella. Mi amiga. En mi cama. Mi mundo se derrumbó en ese instante por completo.

No grité. No pude. Sentí que me moría, la traición hecha mujer estaba en mi cuarto. Ella me miró con una mezcla de vergüenza y desafío. Mi esposo no sabía dónde meterse.

En ese instante lo comprendí todo. La insistencia de ella en que me quedara el fin de semana, la forma en que se fue durante la noche y me dejó perder la razón, y el que no respondiera a mis llamadas. Todo cuadraba. Me había usado, había tejido su plan con

Meta AI

NADA ES LO QUE PARECE

por: Anniabel Martínez Gómez

—Harry… Harry… Harry…

Una voz, como un susurro que arrastra el viento, había despertado a Potter. Un llamado con tono de mujer silbaba en sus oídos. Se levantó dispuesto a encontrar la fuente de aquel sonido; aquella instancia le era irresistiblemente atrayente, una especie de citado mágico al cual le sería imposible resistirse.

—¿A dónde vas a estas horas? —preguntó su amigo Weasley.

—Es un llamado, creo que viene en aquella dirección —y señaló al sur, al área de las casas embrujadas.

—Es peligroso, esa zona está plagada de criaturas engañosas, puede ser una trampa de Lord Voldemort o quizás alguna broma pesada de Halloween.

Pero Potter no lo oía, sus sentidos estaban nublados por aquel murmullo que solo él podía percibir. Weasley despertó a Hermione; ante el empecinamiento de Potter no les quedaría otro remedio que acompañarlo.

—¡Espera, vamos contigo!

Montados en un Aethonan llegaron a un caserón abandonado, como todos los de la zona. Casas embrujadas, llenas de trampas y delirios.

—Sal de ese lugar, he oído esa voz antes, no sé en dónde, espérenme aquí —ordenó a los amigos, quienes estaban decididos a no dejarlo solo en ningún momento.

Era de madrugada y el relampaguear de las nubes anunciaba tormenta. El caserón estaba rodeado de raíces que cubrían las paredes hasta la cima. En la cúspide, los buitres arremolinaban y chillaban, dándole un aspecto aterrador al panorama.

De nada sirvieron las palabras de Hermione y Weasley para que abandonara aquella descabellada idea; se podía percibir que se trataba de una trampa, un hechizo con el fin de atrapar a Potter.

EL ORO MALDITO

El muerto estaba tirado allí en la calle, en medio de un charco de sangre que a medida que iba pasando el tiempo aumentaba la longitud del mismo, el lugar se hallaba vallado por la policía desde hacía unos minutos para preservar la escena del crimen hasta tanto llegará los peritos forenses para examinar el lugar de los hechos.

El occiso había sido apuñalado con un extraño puñal, porque en su empuñadura registraba extraños símbolos que a ciencia cierta no podía traducirse lo que decía en un primer análisis preliminar, el arma blanca estaba hundida en el cuerpo hasta la empuñadura, más allá se hallaban unos libros desordenados en la calle, todos de literatura latinoamericana, más allá una mochila y un teléfono móvil con su pantalla rota producto de su caída al suelo.

El sitio no estaba lejos de la Universidad, por lo que a juzgar de la contextura del hombre muerto, tendría una edad de unos veinticinco años, por lo que podría ser un estudiante o profesor.

Todo esto iba pensando la comisario Angela Torres, mientras su mente analizaba cada detalle, cada elemento que su mirada escudriñadora captaba en el lugar.

Rato más tarde arribaba la policía forense quién comenzó a examinar el lugar y a medida que fue avanzando los minutos fueron obteniendo más información del hecho.

El nombre del muerto era Emilio Dante Bustos, profesor de Historia en la Universidad de Bogotá, quién se hallaba realizando investigaciones arqueológicas acerca de un descubrimiento arqueológico en las cercanías del lago del cacique Guatavita que se encuentra en la cordillera oriental de Colombia, a unos 75 km al noreste de la capital colombiana.

Aquel lugar era uno de los sitios más sagrados para los Muiscas, puesto que allí se realizaba el ritual de investidura del nuevo Zipa; según cuenta la leyenda, este iba en una balsa de juncos ricamente adornada; tenía el cuerpo cubierto íntegramente con oro en polvo; a sus pies ponían una grande cantidad de oro y esmeraldas para que ofreciera a los dioses y braseros encendidos para quemar una especie de sahumerio llamado moque; el nuevo dignatario iba acompañado por cuatro caciques y cuando la balsa llegaba al centro de la laguna, el pueblo que se encontraba en las orillas arrojaba objetos de oro y piedras preciosas al agua

Pues Bustos había descubierto que el Zipa estaba vivo y vivía entre los descendientes de

los muiscas en la Ciudad de Tunja.

Formaba parte del cabildo indígena del lugar, el Zipa se había enterado por los lugareños que Bustos había descubiertos los tesoros de sus antepasados en una cueva situada en la cordillera, pidió entrevistarse con el profesor, la cuál se realizó una semana mas tarde en la misma ciudad de Tunja, en la sede del Cabildo.

-¡Buenos dias profesor.!-

-Buenos dias Zipa, la verdad me sorprendió que todavia entre ustedes mantengan esa tradición.

-Hemos sobrevivido y adaptado a la llegada de los españoles después de tantos siglos. Pero mi llamado es por algo urgente.

-¿Qué será?.

-Debo pedirle que no siga investigando sobre los tesoros del lago Guatavita.

-¿Porque?

-Cada vez que se ha hecho cosas extrañas comienzan a suceder aquí en la región, nuestro pueblo ha dejado de buscar esos tesoros porque en cierta forma están malditos.

-Malditos.

-Si.

-¿Porque dice eso. ?

-No puedo hablar ni mencionarlo pero debe cuidarse de Huitaca.

El profesor lanzó una carcajada que rompió el silencio del lugar.

-Huitaca no se acercará a los tesoros porque sencillamente se hallan dentro de una cueva y por recomendación de la Universidad y previa consulta con ustedes dichos elementos serán exhibidos en un museo.

-No se confié mucho profesor, Huitaca es impredecible.

-No pasara nada hombre, todavia continúan las excavaciones en el lugar hemos encontrado los primeros indicios de collares de oro.

-¿Quién los tiene?

-Están en manos de la universidad y lo mantendremos informado.

Se despidió del Zipa y decidió regresar a Bogotá, cuando de repente se le acerco una mujer morena, de cabellos oscuros, largos, de hermosa figura y que tendría aproximadamente unos treinta años.

-Hola Laura

-Hola Emilio. ¿Como te fue en la entrevista?

-Lo de siempre. Cuestiones protocolares que debo cumplir cuando trabajo para la Universidad cada vez que hallo restos arqueológicos

-Olvidemos lo de los muiscas y vamos a beber por allí.

-Invitación aceptada.

Fueron a un bar cercano, donde bebieron durante horas, luego borrachos terminaron en la habitación del hotel, donde el alcohol y el deseo combinaron su adrenalina terminando sus cuerpos desnudos entrelazados.

A la mañana siguiente la nueva pareja regresó a Bogotá, y a la tarde debían presentarse a trabajar en la Universidad.

Era el anochecer y Emilio se había demorado investigando sobre los muiscas en la biblioteca, Laura arribo al lugar minutos más tarde y pregunto.

-Hola amor. ¿ Qué haces?

-Buscando algo sobre la mitología de los muiscas.

-Sobre que precisamente.

-Huitaca….

-Para que buscas eso preocúpate por los tesoros-dijo esto la mujer se quitó la ropa quedando totalmente desnuda-yo soy tu tesoro

Emilio con los ojos llenos de lujuria dejó su trabajo y se unió a la propuesta indecente de su compañera de trabajo, entre caricias, besos y gemidos, la noche los sorprendió en la biblioteca, luego ambos se vistieron.

-Vamos a casa.

-Me estoy dejando unos libros en mi oficina, ya te alcanzo

Emilio salió del lugar con sus cosas cuando a los pocos metros una lechuza gigante lo sorprendió en la calle solitaria-

- ¿Quién eres?

La lechuza gigante no contestó, extrajo un puñal de entre su plumaje, lo blandió en el aire y de un tiro certero se hundió en el corazón del hombre.

- ¿Porque…?

-El oro de Guatavita es mío y ningún hombre ha demostrado despojarse de la codicia.

-Yo….

-Eres uno más Emilio de la lista de amantes que he tenido, el tesoro es mío y de nadie más

La lechuza se transformó en una mujer, que el bien conocía.

-Tu….

-Hasta pronto. Buen viaje al infierno.

Una carcajada estridente se oyó y el hombre expiró en la calle mientras la mujer desaparecía entres las sombras de la noche.

Ariel Sosa Mansilla

A TU REGRESO

Sabía que su partida estaba cerca, así que sin perder tiempo organizó un evento para dos. Él, abrumado de los muchos documentos que aún faltaban por agregar a su carpeta, no tenía cabeza para otra cosa; que no fuera su salida. estaba en trámites y no podía perder el vuelo.

Entre tanto, Miriam hizo todo lo posible para no incomodarlo y le dio las mejores noches que hubiera podido tener a su lado en esos años de relación. La dieta de él, era "sin gluten" y lo que Miriam mejor sabía hacer en la cocina, era con trigo. “Una disyuntiva seria”. Ella se dedicó a buscar recetas libres de gluten para agradarle nuevamente y encontró una gran variedad, así que se dispuso a crear los platillos para la cena.

Una vez todo preparado, se dispuso a tomar un baño, de todo el repertorio lo que más llamaba la atención era aquélla suculenta lasaña de berenjenas y champiñones. Él ya estaba de regreso a casa. un poco agotado pero mientras iba en el auto, pensaba en las manos de Miriam, y si habría tiempo para un masaje de ésos que no creía que ella podía volverle a dar. Realmente en los últimos días estaba tan hermosa, radiante cómo la luna llena y muy atenta. No podía negar que el brillo de sus ojos lo encandilaban y su candidez había renacido. “Eso lo tenía completamente desarmado”. Además ese perfume seductor que a pocos centímetros percibió en su lóbulo izquierdo en la madrugada mientras aún ella dormía, la mantuvo en su memoria durante todo el día.

En el preámbulo hubo masajes que liberaron el estrés del arduo día laboral. música y aroma de manzana y canela que creó un ambiente verdaderamente acogedor y terapéutico.

Aquéllos dos se volvieron frágiles por un momento, Julián miraba a su futura ex esposa y viceversa. entonces la sonrisa de niña en Miriam, rompió el silencio de la noche y él la invitó a bailar. La abrazó tiernamente y ella también, las llamas de Venus encendieron aquéllas brazas que humeaban, la pasión fue el combustible de un beso entre los dos. ¡¿Sería el inicio de un capítulo más o el final de la historia?! No podían negar que a emoción recorría la humanidad de ambos. Él , atraído por los hilos de los dioses, olió la espesa y lisa cabellera de quien una vez lo convenció del sí en el altar y la volvió a sentir…

_¡Qué suave está su cabellera,! pensó él.

_¡Qué suave está su espalda,! pensó ella.

Y así, ambas mentes reprodujeron nuevas expectativas, se fueron reconociendo de nuevo y se dieron cuenta que siempre estuvieron allí, que sólo se habían perdido de vista un momento que se hizo eterno y todo por guardar silencio.

Al momento de comer, tocaron la puerta y al abrirla, ella se asombró al saber que Julián había ordenado un par de pizzas en el local de su suegro. Fue una verdadera sorpresa para ella, jamás creyó que eso podía suceder.

La cena fue estupenda, no paraban de reír, de chistear, de hacer muecas con los champiñones y de burlarse del gluten. hacía tanto tiempo que habían dejado ir la magia. ambos tenían pensamientos volcánicos y la flama de lo que un día los unió, volvió a arder, pero ninguno de los dos dio el paso para revertir lo que sabían que estaba por acontecer. tal vez porque el temor al rechazo había ganado mucho terreno en ellos. Entonces como no todo podía ser tan perfecto y parecido a un cuento de hadas, donde el final ya se sospecha feliz… llegaron al punto de hablar de lo que ambos sabían que sería inminente. Y cuan grande fue la nostalgia que los arropó.

Él comenzó diciéndole que agradecía los dos años de noviazgo en los que le celebró su cumpleaños en la playa y las vacaciones en el campo con su familia. También los cinco años matrimonio, las escapadas al río y la montaña, las noches de aventuras en hoteles y amaneceres en la carretera. La insolación que le dio después de un partido de béisbol de “Los tigres del norte” a pesar de ella ser de otro equipo. (También por los eventos sucesivos, los pleitos interminables. “Por esto le pidió perdón” porque que se fue empañando la armonía) las quejas matutinas por la losa en el fregadero, la toalla húmeda en la esquina de la cama, las veces que ambos llegaron tarde a casa del trabajo, para ganar horas extras y pagar la hipoteca, ambos gastaron tres años de su tiempo para cumplir el sueño de tener un hogar propio. Le dijo que tenía tanto que agradecerle. De nada serviría un reclamo más… en recompensa, disolvió la petición de la mitad de la casa, también le dejaría los demás bienes sin contienda y la libertad que tanto deseaba recuperar.

Una lágrima amarga recorrió el esófago de Mirian, quien ya llevaba rato oyendo y llorando para adentro. Y cayó aquella gota salada y amarga como la hiel la cual se escapó de sus ojos, en el estómago produciéndole la agonía de la separación. en

realidad ya no quería el divorcio, ni los bienes… lo quería a él de vuelta. y él, perplejo, no sabía que sería después de ésa noche. pues al amanecer debía marcharse para siempre a otras tierras, para jamás volver

María Isabel Mendez.

Después de los sesenta años, sin hijos ni familiares cercanos vivos, debes buscar en tus pasiones olvidadas y engavetadas para darle sentido a la vida. Así encontré una que me ha traído hasta aquí: escribir. Así que para tratar de conseguir algo de inspiración vine al faro, se parece poco al de la imagen sobre la que debo escribir, pero el pasaje es muy similar. Cuando pregunté por la dirección en el pueblo de pescadores que está a algunas millas me dijeron que el faro estaba maldito y abandonado. Llevo tres días aquí y no ha pasado nada, excepto por la tormenta de anoche, hoy el mar está sereno, despejado, las gaviotas revolotean, el olor a mar llena mis pulmones como si tuviese una cápsula de oxígeno para mí solo. Siento que puedo vivir aquí lo que me resta de tiempo. Hasta ahora no había apreciado tanto la soledad, solo el mar y yo. Es una sensación fascinante. Unos excursionistas acaban de interrumpir mi nueva existencia.

- ¿Éste es el faro que dicen está embrujado? - un grupo de cinco jóvenes se bajaron del Chevrolet.

- Si es éste, pero la leyenda dice que si entras quedas atrapado en una especie de espacio neutro- y puso el joven caro de misterio, tratando de asustar al resto.

- Que tontería, es totalmente ridículo, vamos el último que entre es ...

Son unos cobardes todos, si se hubiesen atrevido a entrar verían que no hay nada de embrujado en éste sitio. Ni la falta de conexión me ha molestado, la paz que siento es lo más placentero que he experimentado. No hay fiesta, ni sexo, no droga, pero en cambio mi cuerpo se siente libre por primera vez y mi alma flota en algún sitio mientras miro las nubes hasta perderme en ellas. Siento que he llegado finalmente el lugar que he estados buscando en este mundo. Se acerca un auto.

Es mi primer día de trabajo en la redacción, y como buena primeriza me tocó lo que nadie quiere hacer. ¿A quién le puede interesar un faro embrujado en el medio de la nada? Pero bueno lo importante no es la noticia sino al público que va dirigido, así que le impregnaré lo necesario para hacer un primer trabajo digno de mis calificaciones. Lo primero será pasar por el pueblo y recolectar información, anécdotas, historias de los lugareños. Algún informe policial, sobre desaparecidos en el área, antes de ir el tan misterioso faro. En el pueblo todos tienen un testimonio, versiones de los mismos hechos. El panorama es desolador, aunque mesclado con cierta sensación de

bienestar, debajo del faro hay una especie de casa antigua, la puerta está abierta de par en par, abatida por el aire.

Después de los sesenta trabajando toda la vida en una redacción no hay noticia que sea acontecimiento, la única solución razonable ante tanto tedio es retirarse y alejarse de todo tipo de reportaje, recuerdo mi primer trabajo sobre un faro misterioso en el que desaparecían las personas. En estos tiempos ese tipo de historias no le interesan a nadie, ahora la notica es de un divorcio de laguna cantante, la reacción de un artista ante alguna banalidad, la muerte trágica de algún millonario o la orientación sexual de algún famoso. Pero no me voy a quedar en la casa a criar gatos, voy a aprovechar los años que me quedan para viajar. Me siento joven.

Nunca más vi a mis amigos, es como si se los hubiese tragado la tierra. Tampoco encontré a mis padres en el pueblo. En la casa donde vivían ahora había una pareja que habían perdido a un hijo, o más bien se encontraba desaparecido. Creo que he pasado toda mi vida vagando de pueblo en pueblo sin encontrar un hogar, la sensación de abandono y apatía invaden mis días. Es difícil saber si estas viva o muerta mientras te miran como una extraña, un desperdicio, con sus almas podridas, falsas. Yo creo que lo que nos diferencia de los animales es la miseria con la que vivimos nuestra existencia. En las noches sueño con un faro.

La decisión de ser fraile fue como un alumbramiento del Señor, un día desperté y sentí que ese era mi destino, mi misión en esta vida. Se me había otorgado la sabiduría para encontrar mi camino, así que sin dudarlo me dirigí a la sacristía más cercana. El camino no ha sido fácil, está lleno de sacrificios, pero también de recompensas. El Señor me guía como un faro y me da la luz para alumbrar el sendero de los fieles hasta lasalvación, y para que los que aún no lo han encontrado ayudarlos para que sean eternos en el paraíso. A veces sueño que soy un viejo.

-Aquí está la lista de desaparecidos que me pidió Capitán Ramírez.

-Gracias teniente ¿Usted es nacido en el pueblo teniente?

-No Capitán, me ubicaron en este pueblo.

El teniente era escueto en sus respuestas, algo había aprendido de los delincuentes, hablar poco y ser preciso. No le interesaba contar las razones por las que llegó a ese pueblo en el medio de la nada. Las mismas razones que lo impulsaron a hacerse

policía. No había nada en esos informes de desaparecidos que no supiese de memoria. Se lo había prometido a su madre antes de morir, de depresión.

- ¿Y cómo terminó usted aquí en este fin de mundo teniente? – preguntó de reojo mirando los informes.

-Mi hermana, es una de las desaparecidas, hace ocho años salió a ver el faro con unas amigas y no regresó. Mire aquí está María Magdalena Ríos Fuente. Le prometí a mi madre encontrarla.

Lo siguiente que pensó tampoco lo dijo: viva o muerta.

El Capitán miró la foto y por un momento pensó que el teniente le estaba gastando una especie de broma. Pero no la cara del teniente era más bien sombría, se había quedado vagando entre pensamientos. Volvió a mirar y en efecto era su mujer.

Anniabel Martínez Gómez

CA

“Y he hallado más amarga que la muerte

a la mujer cuyo corazón es lazos y redes,

y sus manos ligaduras”

Eclesiastés 7:26 versión RVR 1960

Calixto, a quien le decían “El curandero”, era un hombre con amplios conocimientos de las plantas. Trabajaba en pro de la salud y afortunadamente había llegado al pueblo de San Isidro.

Era amable, respetuoso, buen vecino, tenía estudios y le encantaba el campo. Eligió ser botánico en lugar de continuar con su carrera de derecho como su padre. Poseía una gracia singular que atraía. Muchas mujeres lograron procrear, siguiendo sus recetas.

El asedio

Había una mujer rubia que le demostraba simpatía y constantemente buscaba todo tipo de pretexto para estar cerca de él. Cierto día durante una consulta médica, ella le miraba con interés su tercer ojo. Calixto, al darse cuenta de sus intenciones, mantenía la distancia, cuidando de que no observara fijamente su entrecejo (su aura lo hacía estar alerta).

Pasaba el tiempo y crecía su fama a causa de sus brebajes milagrosos, por lo que llegó a incomodar a muchos hombres; pero logró convencerlos después de los resultados de sus remedios.

Desde su llegada al pueblo, en el corazón de aquel hombre, comenzó a habitar un secreto, el cual se descubrió una noche, cuando él llegó al súmmum, atrapado en las blancas y largas extremidades de su admiradora llamada Isaura; a quien evitó por mucho tiempo, pero el deseo le ganó aquella vez y sucumbió.

Pronunció un nombre con flama en sus labios y con exquisito placer, mientras un río salado le abrigaba a cántaros el cuerpo entero, exclamó vehementemente:

— ¡Catalina!

Aquel nombre acrecentó su vigor, haciendo que le provocara múltiples orgasmos a Isaura, convirtiéndose en el primero en arrancarle a su alma: dolor, gemidos y lágrimas genuinas que la hicieron llamar a su madre en el hervor.

Pero ésta, al darse cuenta que el estallido placentero fue gracias a Catalina, quien vivía en su cabeza, se llenó de resentimiento y juró sacarla de sus pensamientos, lo quería solamente para ella, solo que él, estaba perdidamente enamorado de Catalina, aun siendo ella ajena.

Catalina y sus visitas al pueblo

Él solo podía verla una vez al mes, la miraba con ternura cuando pasaba por la calle tomada de la mano de su marido, quien la llevaba a comprar estambre, pábilo y arcilla. Sus vestidos floreados dejaban ver qué tenía unas pantorrillas de porcelana, le brillaban los hombros y la cabellera al caerles el sol, su pecho pronunciado y aunque siempre tapado, lo embelesaba igual que sus curvas de guitarra y su trasero de abeja. A Calixto le fascinaba ver lo poco que ella mostraba.

El delirio de Calixto en la hoguera onírica

Cierta noche sudaba el pobre en su lecho, consumido por el deseo febril que tenía arraigado en el alma. Pasada la primera hora de la madrugada, una visión agitó su esternón, mientras aún dormía. Se vio caminando hacia la casa de Catalina, que vivía en el Cerro Azul, con su marido Juan Diego, quien la celaba hasta de su sombra. Tanto así, que eran los únicos que habitaban en ése remoto lugar.

Siete caños lo separaban de la casa de la campesina; lo que no veía como un impedimento para verla. Pasando el primer caño miró a unos peones que traían una camilla con un cuerpo envuelto en sábanas ensangrentadas, se detuvo diciendo:

— ¡Buenas noches camarita!

— ¡Caramba, Sentido pésame!, dijo con la mano y el sombrero en el pecho.

— ¿Cómo se llamaba el difunto?

Volvió a hablar con mucha esperanza…

Los hombres le respondieron:

— ¡Pija! cámara

— Calixto Guevara era su nombre.

Asombrado, siguió caminando y en los próximos cinco caños vio la misma escena, los mismos campesinos, el mismo cuerpo y la misma sangre…

Faltaba muy poco para llegar al último caño y se quedó parado detrás de un árbol de mangos. A lo lejos lograba ver un grupo de personas descender, y esperó a que los hombres llegaran hasta él. Las piernas le temblaban, la lengua la tenía trabada y seca la saliva. Volvió a hacer la misma pregunta a los hombres y ellos le dieron la misma respuesta. Se rascó la cabeza de lo portentoso del hecho.

Estaba como a cincuenta pasos de llegar a la casa de Catalina, cuando vio que la lumbre de la entrada a la choza estaba encendida, la mula en el caney y los perros sueltos, además del humo que salía de la cocina de la mulata.

— ¡Mi negra no está sola!, pensó con el corazón agitado.

Preguntas quedaron gravitando. Razonó y decidió regresar. Cuando llegó a su casa se tomó una botella de aguardiente, y por no tener la costumbre de beber, se durmió. Se sentía despechado por no haber visto a Catalina.

Al despertar, ya era de noche y la casa estaba llena de mucha gente.

— ¿Qué pasó aquí?, se preguntó.

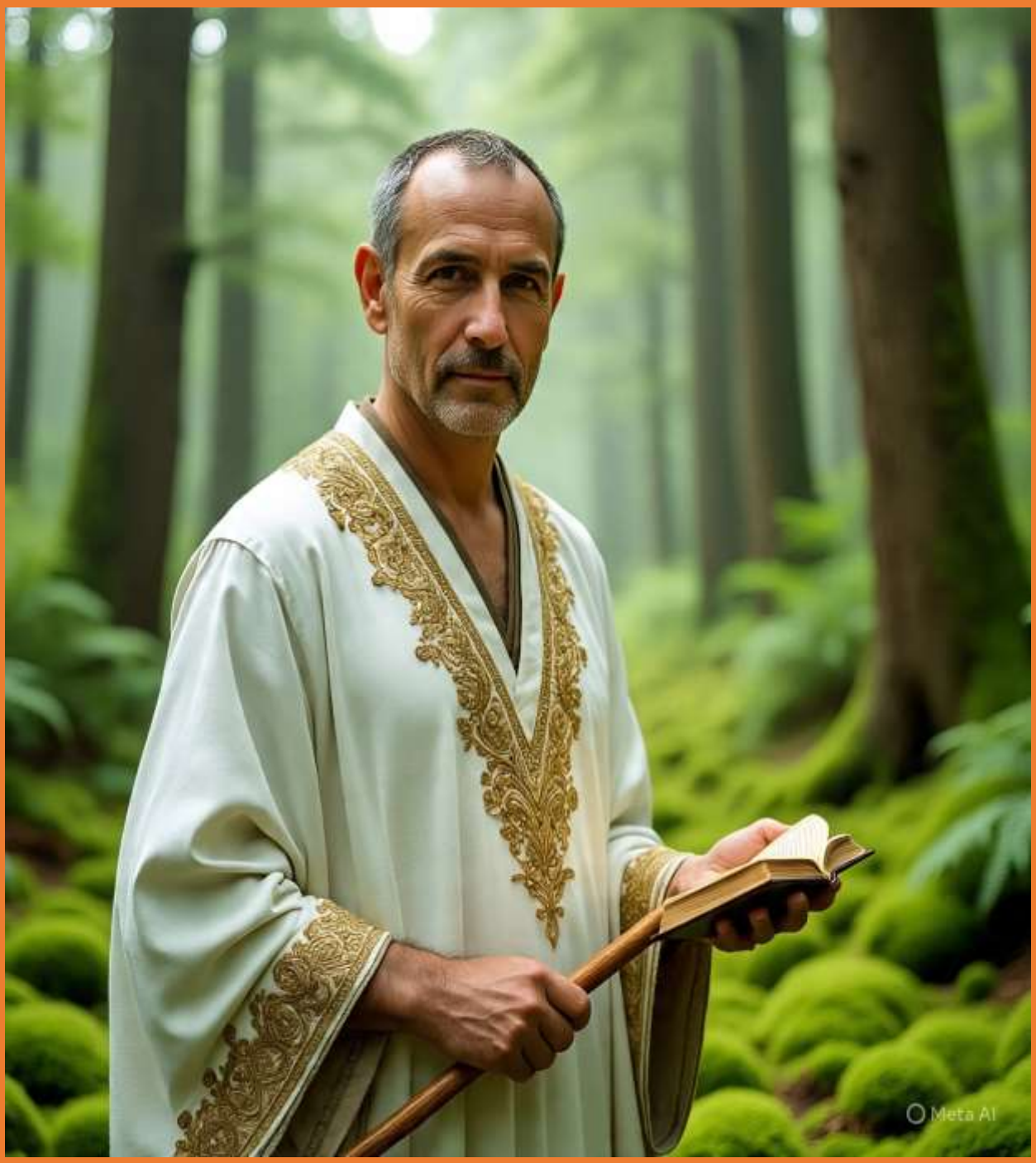
Todos bebían café en tapara, un grupo lloraba y otro reía, otros echaban cuentos de camino. También había lágrimas de recuerdos recorriendo mejillas, contando cosas bonitas de él. Caminó en medio de los dolientes saludando, pero nadie le prestaba atención, entonces se acercó a ver por qué lloraba una mujer que tuvo amores con él en la ciudad, y palideció al enterarse que había muerto en la madrugada, en medio de las piernas de Catalina.

Cuando logró despertar de aquel sueño perturbador estaba bañado en sudor, se santiguó y rezó.

Entonces, ya sentado en la orilla de su cama, meditaba acerca de si lo que acababa de ver era una premonición de lo que podía pasarle si se acercaba algún día a la morena.

Y mientras tanto, en la casa de Isaura los tabacos y las velas humeaban y humeaban.

María Isabel Méndez



DALIA, LA FLOR DEL DESEO

He recorrido largas jornadas en el desierto, donde todo es arena bajo un sol recalcitrante que ya me ha secado como pasa de uva, hasta que de pronto aviste un oasis, no se si este era real o una jugada del espejismo, de los tantos que aparecen en forma inesperada por este lugar.

Saque mis últimas fuerzas, aumente mi marcha y en pocos minutos llegué a aquel pequeño paraíso que la naturaleza me brindaba, lo primero que hice fue arrojarme sobre el pequeño lago rodeado de palmeras datileras, al tomar contacto con el agua para aplacar el calor y saciar mi sed.

Permanecí en el agua durante un rato largo, cuando una voz de mujer me despertó.

-Se halla bien forastero

-Si- respondí.

Volví mi rostro hacia la orilla del pequeño lago y descubrí a ella, una bella beduina de ojos negros y cabellos largos vestía un thob, (túnica) y debajo de ella un pantalón, se hallaba bebiendo agua y sobre un costado estaba el litham, (velo).

-He visto su rostro mujer y los miembros de su tribu pueden llegar a enojarse conmigo.

-Nadie le hará ese reclamo porque simplemente soy una mujer solitaria que vive en este lugar desde hace mucho tiempo.

-Es extraño encontrar gente por estos lugares.

-Y resulta bastante extraño hallar un viajero a pie que llegue a este sitio.

-Me hallo de paso pero no se si llegaré a destino, aunque este paraíso me ha salvado de no morir achicharrado.

La mujer sonrió y miró en forma seductora al viajero.

-Puedes bañarte tranquilamente y disfrutar del agua para refrescarte. Puedes ir detrás de aquellas piedras.

Asentí con mi cabeza, nade hacia detrás de las rocas, me desvestí y volvi a sumergirme en el agua para disfrutar de su frescura.

Sin darme cuenta, minutos después vi a la mujer beduina a mi lado quién emergió desde el fondo del agua.

-Disfrutando.

-Este si…..- me sonrojé al imaginar que estaba desnuda y me aleje un poco de ella.

-No tengas vergüenza totalmente estamos solo tu y yo en este lugar.

-Yo….

-Voy a saciar tu sed….-

Dicha estas palabras se pegó a mi cuerpo y me beso suavemente los labios, mi cuerpo al percibir las turgencias de su cuerpo curvilíneo, reaccionó en forma espontánea y correspondí con pasión a su beso.

Mis manos comenzaron a recorrer su espalda desnuda, hasta descender hacia su cintura y ella acaricio con sus suaves manos mi tórax y pecho, la lujuria comenzó a invadirnos y comenzamos a prodigarnos recíprocamente caricias prohibidas en nuestras zonas erógenas que nos sumergieron en una sensación de placer indescriptible.

Los gemidos de ella rompieron el silencio de la siesta, susurro en mi oído con voz suave.

-Quiero sentirte dentro mío….

Aquella invitación me incitó a la locura para aumentar la vorágine de pasión que minutos después estallaba el clímax a la orilla del lago del oasis.

-Gracias….-susurró ella a mi oído suavemente.

La bese y la abracé, luego la estreche entre mis brazos.

-Apenas nos conocemos y paso esto…..

-No te disculpes, yo también lo necesitaba.

-Mi nombre es Yusuf.

-El mío es Dalia.

-Deseo en beduino….

-Si Yusuf, soy el deseo, el fuego, la lujuria, la pasión desenfrenada, tu clímax, hace centenares de lunas que estoy en este oasis por culpa de un genio malvado que me condenó

a vivir en este oasis por no ceder a ser su amante por toda la eternidad. Y tu me liberaste ahora soy tu mujer.

Después de haber escuchado las palabras de la beduina, acaricio los cabellos de la mujer. La miró a los ojos.

-Esto es un sueño, es de las mil y una noches…que ´puedo decir me encuentro sorprendido gratamente porque nunca espere esto.

-Lo se amado mío, solo quiero irme de este lugar

-Nos iremos

Los dias pasaron y el amor entre ambos fue aumentando, hasta que un mes después al atardecer la pareja abandono el oasis montado en dos camellos se perdieron entre las dunas del Sahara en busca de su nuevo destino.

Mientras en el paraíso encantado, volvía a florecer otra Dalia en espera de su amante del desierto que la llevara consigo por los caminos del viento.

Ariel Sosa Mansilla

Copyright © 2025 Reino Olvidado Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina